

á su tiempo veremos, sus grandes novelas no son sino epopeyas en prosa. Hasta en *Buj-Fargal* y en *Han de Islandia*, ensayos casi infantiles, se advierte esta tendencia épica. *Nuestra Señora de París*, publicada en mil ochocientos treinta y uno, asombrosa pintura de la populosa ciudad al finalizar la Edad Media, es no sólo un relato patético, aunque tal vez algo vulgar; sino, en primer término la reconstitución de la historia por medio de la arquitectura, la revelación de la arqueología romántica. Los tres célebres capítulos intitolados *Nuestra Señora, París á vista de pájaro* y *Esto matará á aquello*, contienen todos los principios esenciales del sistema arqueológico de Viollet-le-Duc. El verdadero protagonista de la obra es el coloso de piedra, la catedral, que vive en las páginas del libro vida extraña y poderosa. De *Los Miserables*, de *Los Trabajadores del Mar*, de *El hombre que ríe*, nada debemos decir ahora, por corresponder á la segunda parte de la vida del autor, que se desenvuelve en el período siguiente según el plan que nos hemos trazado. Por la misma razón dejamos de considerar aquí á Víctor Hugo como poeta épico; pues si es cierto que al abandonarse á su natural impulso siempre lo es ó propende á serlo, donde brilla singularmente como tal es en *La Leyenda de los Siglos*, que no empezó á publicarse hasta mil ochocientos cincuenta y nueve. En esta segunda época de su vida, el poeta hizo también vibrar en su lira cuerdas que hasta entonces no pulsara, maravillando al mundo con la inagotable variedad de sus talentos. La rica personalidad de Víctor Hugo es tan alta y compleja, que se necesitan tomos enteros para estudiarla. Contentémonos, pues, con agregar á lo dicho, que no ha tenido rival como artífice de versos y maestro de la rima, siendo imposible negarle la grandeza, aunque intencionadamente se abulten sus defectos.

La principal ventaja que trajo el romanticismo fué el ensanchar de modo extraordinario los horizontes de la literatura, permitiendo á los poetas de cualidades más distintas desplegar libremente su individualidad. Claro es que con esto ningún género salió ganando tanto como la poesía lírica.

Ya hemos visto cuán diferentes eran, por la índole de su ingenio, Lamartine, Vigni y Hugo; pues bien, todavía hay que recordar á otro poeta, dotado de personalidad propia y no menos grande que ellos. Aludimos á Alfredo de Musset. «No mintió nunca, dice Taine. Ha muerto y nos parece que todos los días oímos hablar de él.... No dijo más que lo que sentía, y lo dijo tal como lo sentía; pensó en alta voz; hizo la confesión de todo el mundo. No ha sido admirado, ha sido amado, porque era más que un poeta, era un hombre.... No importa que el más apasionado de sus poemas haya salido de un lugar innoble; que en medio de lo feo y de lo vulgar se haya desatado el torrente de su divina elocuencia, porque en ese mismo instante se han reunido en su corazón despedazado todas las magnificencias de la naturaleza y del espíritu, para resplandecer bajo el más ardiente sol de poesía que hubo nunca. En ese fango y en esa miseria, desde lo alto de su duda y

de su desesperación, ha visto lo infinito, como se ve el mar desde lo alto de un promontorio combatido por las tempestades.... No fué un simple *dilectanti*; no se contentó con gozar; ha dicho al mundo lo que es el hombre, el amor, la verdad, la dicha humana. Ha padecido mucho, pero ha inventado; ha caído de desfallecimiento en el camino, pero ha producido. Ha arrancado desesperadamente de sus entrañas la idea que había concebido, y la ha mostrado á los ojos de todos sangrienta, pero viva». En sus primeras composiciones, sin embargo, no fué Musset el poeta espontáneo, natural, sincerísimo, que se retrata en las líneas transcritas. Sintió al principio la influencia de Hugo y de Merimée, y en sus *Cuentos de Italia y de España*, que publicó cuando era casi un niño, hay una afectación de exagerado romanticismo que le hace caer en cómicas extravagancias, por lo que algunos han supuesto que sólo se propuso ridiculizar con ellos los excesos románticos. Más tarde, sufrió el ascendiente de Byron; pero, al fin, grandes pasiones y tremendos dolores le revelaron cuál era su vocación, que consistía en dejar hablar, llorar y gritar á su corazón. Cantó entonces sus trágicos amores con acentos tan francos, apasionados y desgarradores como quizás no se hayan oído otros, y siendo el fondo de la naturaleza humana igual en todos los hombres, las vehementes estrofas de Musset vienen á formar como la epopeya del dolor humano, bajo el torcedor del amor. *Las noches*, *Rolla*, el *Recuerdo*, la *Carta á Lamartine*, las estancias *A la muerte de la Malibran*, no envejecerán nunca; tienen hoy tanto interés y tanta actualidad como cuando se escribieron; el alma del poeta, que vive en ellas, las preserva de la muerte. Musset es romántico por la pasión; fuera de esto, prescindiendo de sus primeras poesías, que son las menos íntimas y personales, no puede ser incluido en ningún grupo ni escuela.

Musset era también narrador inimitable. La *Confesión de un hijo del siglo*, no obstante su terrible sinceridad, se resiente algo en ocasiones del énfasis declamatorio, común á los hombres de mil ochocientos treinta; mas los *Cuentos* y las *Novelas*, encantaderas anécdotas amrosas, son, por su estilo y lenguaje, modelo de aticismo, de elegancia, de sobriedad. Musset es tal vez el único gran escritor del siglo décimo-noveno que ha heredado el buen gusto de sus colegas de salón del siglo décimo-octavo. Su prosa compite en precisión, nervio y transparencia con la mejor de los primeros clásicos franceses. También en la literatura dramática rindió exquisitos frutos su talento. En sus dramas *Lorencino* y *Andrés del Sarto*, hay pasión, elocuencia y pinceladas dignas de Shakespeare; pero, sobre todo, sus comedias de amor son manjar deleitoso, y sus *Proverbios*, piedras preciosas talladas con un primor y un arte de que existen pocos ejemplos.

Distínguese entre los románticos, como poetas de segundo orden, Barbier, el enérgico autor de los *Yambos*, sátiras políticas, en que la indignación hace restallar la palabra como si fuese un látigo; el bretón Brizeux, el más antiguo imitador del *idilio épico* de los alemanes y el primer poeta regional y *folk-lórico*; el famoso crítico Sainte-Beuve, que

escribió las *Contemplaciones de José Delorme* y los *Pensamientos de Agosto*, obras que preludian la dirección poética de los modernos *decadentistas*. Más célebre que todos estos es Teófilo Gautier, cuya primera vocación fué la pintura, de la que le apartó un defecto físico, sin que, al trocar el pincel por la pluma, dejara de ser pintor, consiguiendo en cierto modo, á fuerza de habilidad y de estar dotado del dón de *ver*, como decía, *transportar á la poesía los procedimientos de las artes plásticas*, conforme feliz expresión empleada por él mismo. Comenzó escribiendo largos poemas, de carácter exageradamente romántico, como *Alberto* y *La Comedia de la Muerte*, en los que la parte descriptiva es muy notable y el resto tiene escaso valor; mas, á poco, dedicóse á desarrollar sólo un aspecto del romanticismo, el pictórico y colorista, debiendo ser considerado por esta circunstancia como un poeta de transición. Sus impresiones del viaje causan la sensación del croquis, aguas fuertes, acuarelas y pinturas al óleo, y en sus *Esmaltes y Camafeos*, talla y cincela pequeñas joyas poéticas, «ya, según sus palabras, sobre placas de oro ó cobre con los vivos colores de esmalte, ya con la rueda del grabador de piedras finas sobre ágata, cornalina ú onix.....» Esta adaptación de la plástica á la literatura, aun mirada como simple curiosidad, merece elogios en Gautier, por la maravillosa destreza de su arte; mas ha hecho caer en deplorables extravíos á sus imitadores.

No perteneció á los románticos, pero tuvo en su tiempo más popularidad que ningún otro poeta, Juan Beránger, el escritor, sin duda, más francés de nuestro siglo. Heredero directo de los poetas satíricos y epigramáticos de la edad precedente, escribió desde mil ochocientos doce canciones alegres, cáusticas, llenas de malicia, alusiones y retencencias. Se jactaba de no ser más que un *chansonnier*, pero á veces elevó la canción á la altura de la oda. En sus canciones populares es torpe y hasta grosero con frecuencia, aunque siempre se muestra hábil é ingenioso. Las políticas, agudas y penetrantes como dardos, contribuyeron eficazmente al descrédito de la restauración borbónica. Después de mil ochocientos treinta, publicó canciones socialistas y humanitarias, de tono arrogante y tinte filosófico. Idolo de dos generaciones, la que siguió á la muerte quiso tender sobre su nombre las sombras del olvido. Había en esto evidente injusticia, y ya hoy se comprende que, prescindiendo del papel político que desempeñó la poesía de Beránger, la fama del autor de *El Rey de Ibetot*, de *El buen viejo*, de *Los Gitanos*, de *Los contrabandistas*, de *El viejo vagabundo*, de *Los recuerdos del pueblo*, es, por muchos títulos, digna de perdurar.

Ya hemos visto cómo triunfó el romanticismo en el teatro con el *Hernani*, de Victor Hugo. Antes de que esta obra se representara, Alejandro Dumas se había dado á conocer con su *Enrique III y su corte*, á que siguieron *Antony*, *La torre de Nesle*, *Kean* y otros muchos dramas y comedias. Dotado de más talento dramático que Hugo, pero falto de educación literaria, Dumas es ejemplo curioso de genio natural y como instintivo, que no

imita á nadie, que no observa regla ninguna, que se abandona á su impetuoso impulso, estando tan bien organizado para divertir, interesar y apasionar, que obra sobre las imaginaciones como una fuerza de la naturaleza siempre en acción. Cuando Hugo y Dumas se enseñorearon de la escena, el más ilustre representante de la dramática francesa era Casimiro Delavigne, ingenio de transición, buen poeta lírico, como lo prueban sus *Mesnianas*, publicadas en mil ochocientos quince después de Waterlloo, pero cuyo teatro es aún más interesante. Sus primeras obras fueron tragedias rigurosamente clásicas, como las *Vísperas sicilianas*, y comedias morales, como *Los comediantes*, *La escuela de los viejos* y otras; más adelante se mostró tímidamente innovador, al escritor *Marino Faliero*, y, por último, después de los ruidosos éxitos obtenidos por los dos autores antes citados, hizo aún mayores concesiones al gusto de la época en *Luis XI*, *Los hijos de Eduardo*, *Una familia en tiempo de Lutero* y *Don Juan de Austria ó la vocación*. Nunca, sin embargo, rompió Delavigne abiertamente con el clasicismo; cuya preceptiva trató de amoldar á efectos tan diferentes. Sin preocuparse de teorías ni sistemas, alcanzó gran boga como autor cómico Scribe, hoy casi olvidado. Fué escritor fecundísimo, y aunque la posteridad haya sido muy severa para con él, debe confesarse que nadie le ha aventajado en conocimiento de la técnica del teatro. Discípulo de Beaumarchais, excedió en este respecto á su maestro. En sus comedias abundan los rasgos de ingenio, y su diálogo es vivo y entretenido. Merece, en fin, un recuerdo, por haber sido el verdadero creador de la comedia *Política*, apenas iniciada por Lemercier.

Si la forma poética que obtiene más beneficios con el romanticismo es la lírica, el género literario que alcanza mayor desarrollo, hasta el punto de convertirse en bosque intrincadísimo donde alternan plantas de vistosas flores con los espinos, zarzas y ortigas, los arroyos cristalinos y los pantanos pestilenciales, es la novela, la cual, prestándose por su gran flexibilidad á hermanar el fin artístico con otros de índole distinta, y siendo susceptible de adaptarse á los diferentes gustos y grados de cultura, cada día reviste nuevas formas y adquiere más importancia. Naturalmente, no vamos á citar sino á los novelistas más notables.

Casi con el siglo comenzó su obra literaria Carlos Nodier, naturalista, filósofo, poeta, hombre bondadosísimo, ingenio modesto y generoso. Ecléctico primero, original después, acertó á combinar en justas proporciones cierta dosis de imaginación algo caprichosa con un *humorismo* delicado é ingenioso. *Teresa Aubert*, *Tribly*, *Inés de las Sierras*, *El Hada de las migajas* y otros muchos cuentos y novelas, son primores de gracia y fantasía. Con su saber, su buen gusto y su carácter franco y jovial, se granjeó el respeto y el cariño de Victor Hugo, de Saine-Beuve, de Dumas, de Musset, ejerciendo sobre ellos cierta especie de autoridad paternal muy provechosa para las letras. Su influjo en la lengua fué también considerable; porque, siendo muy erudito, consumado hablista y escritor de refinado esti-

lo, desenterró sinnúmero de palabras y elocuciones excelentes que yacían olvidadas, las cuales consagraban en seguida los románticos. A él, á Pablo Luis Courier y á Teófilo Gautier, se debe principalmente el enriquecimiento del idioma francés en la época actual.

En mil ochocientos veintidós, defendió el romanticismo, sin comprender claramente su alcance y significación, un escritor, novelista, viajero y crítico, cuya excéntrica originalidad casi le coloca fuera de su siglo, en cuanto esto es posible, Stendhal, seudónimo de Enrique Beyle, quien, por sus costumbres, la disposición de su espíritu, sus opiniones filosóficas y su estilo, parece un rezagado del siglo décimo octavo, que de pronto hubiese vivido cien años. Sensualista y sensual, extraño al sentimiento religioso, de corazón seco, profesando un triste epicureísmo, adorador de la energía, fanático de la fuerza, idólatra de Napoleón, sus contemporáneos sólo le miraron como un sér casi despreciable, extravagante y cínico. En cambio, con el correr de los años ha ganado inmensa celebridad, hasta el punto de llamarle Taine «gran novelista y el primer psicólogo del siglo.» Poseía dos cualidades muy raras en su tiempo: sabía ver bien las cosas materiales y era profundo conocedor de los hombres. En sus *Memorias de un viajero*, distingue y hace resaltar muy bien el carácter moral, por decirlo así, de un país, de una comarca, de una provincia, de una ciudad, así como los rasgos característicos de una población, de una clase, de una sociedad, de una bandera: leyéndole se adivina la posibilidad de crear la ciencia que hoy se denomina psicología de los pueblos. Como novelista, son mayores aun sus merecimientos. De igual modo que Benjamin Constant había pintado al hombre de mil ochocientos quince en *Adolfo*, Stendhal retrata, tal vez con más profundidad, al hombre de mil ochocientos treinta, en *Le Rouge et le Noir*. *La Cartuja de Parma*, saludada con entusiasmo por Balzac, único de la época que parece haber comprendido á Beyle, se lee hoy menos; pero el relato de la batalla de Waterlío y algunos capítulos donde describe las pequeñas cortes italianas de mil ochocientos diez y ocho no han perdido su interés. Las famosas novelas italianas de Stendhal, *Vittoria Acaramboni*, *La Abadesa de Castro*, *San Francesco á Ripa*, *Los Cenci*, etc., si estuviesen mejor escritas y desarrolladas con más arte, podrían competir con los mejores cuentos de Merineé. Stendhal carecía de estilo, ó más bien, su estilo era seco, como su alma, desabrido, algebraico, de lo que él se jactaba diciendo que «cuando iba á escribir se preparara leyendo algunos días el Código Civil.» Con ser, sin embargo, tan buen novelista, aun descolló más como crítico de arte. En sus estudios acerca de la música y la pintura y en sus opúsculos literarios, hay muchas ideas, nuevas entonces, aunque hoy sean patrimonio de todo el mundo, siendo digna de ser repetida su afirmación de que todos los grandes escritores son románticos en su tiempo y que sólo un siglo después, cuando las gentes empiezan á copiarlos, en vez de abrir los ojos é imitar á la naturaleza, se convierten en clásicos.

Al hablar de la novela francesa, salta involuntariamente de la pluma el nombre ilustre

de Jorge Sand, seudónimo de Aurora Dupin. En sus primeras novelas, publicadas alrededor de mil ochocientos treinta, esta escritora sostuvo las ideas más atrevidas acerca de los derechos del amor y de la independencia de la mujer. Estaba á la sazón imbuída en las utopías que inocularon sucesivamente en su espíritu los Leroux, los Reynaud, los Cabet: de estas influencias nacieron *Lelin*, *Valentina*, *Indiana*, *Santiago*, que escandalizaron á las gentes timoratas. Al lado de dichos libros, especie de poemas líricos y declamatorios, de estilo, sin embargo, bello y animado, hasta la *Julia*, de Rouseau, parece una fábula natural. Posteriormente, después del período de transición, que señalan *Andrés* y *Mayprat*, Jorge Sand recobra el imperio de sí mismo, y hacia mil ochocientos cuarenta y ocho, su admirable talento se manifiesta en dos maneras ó direcciones distintas, que á veces asocia en las mismas obras. Ya, en efecto, describe en historias muy sencillas los campos, los de Berry especialmente, las costumbres y hábitos rústicos, con tal arte de paisajista y de poeta idílico que causa la admiración y el asombro del público (*La Mare au Diable*, *La petite Fadette*, *Les Maitres, Sonneurs, Francois le Campi*); ya introduce en sus novelas teorías sociales (*Les Compagnons du tour de France*, *Le Peché de Mr. Antoine*); ya lleva de frente el idilio y la propaganda política (*Le Meunier de Angibaut*). Jorge Sand, que no murió hasta mil ochocientos setenta y seis, continuó escribiendo con fecundidad inagotable, como veremos al historiar la literatura del período siguiente, desprendiéndose cada vez más de todo influjo ajeno al arte. Por su estilo lírico, elegiaco, sencillo, elevado, conforme conviene, pero siempre diáfano, puro, flúido y abundante; por su poder de producción; por el dón especial que poseía para pasar sin esfuerzo de la novela íntima y de pasión á la pseudo-teológica, ó la iluminista, de la simbólica á la socialista, de la bucólica á la aristocrática; por su dominio de lenguaje y su imaginación ardiente unida á un temperamento tranquilo y hasta frío, figurará entre los novelistas insignes y los grandes escritores, por radicales que sean los cambios que el gusto experimente.

Jorge Sand es el tipo del idealismo romántico. Balzac, escritor mucho más laborioso, en cuyas obras pueden seguirse las peripecias de la lucha entre una voluntad enérgica y una naturaleza rebelde, procede del romanticismo por su afición á lo raro, lo grande, lo monstruoso, lo dramático; mas es considerado justamente como el padre de la escuela realista, por su espíritu de observación, por su penetración psicológica, por su arte para crear tipos verdaderos, que reproducen la naturaleza humana tal como diariamente se ofrece á nuestra contemplación. A menudo, las ficciones de Balzac son inverosímiles, sus narraciones incoherentes, sus descripciones largas y enojosas; pero su facultad de invención es potentísima y comunica realidad á las escenas, cuerpo á los objetos, vida á los personajes. *Rastignac*, *Marneff*, *Goriot*, *Grandet*, *Rubempré*, *Brideau*, *Eva*, dejan la impresión de personas que han cruzado por el mundo. Los críticos, compatriotas del eminente